

William Makepeace Thackeray
El libro de los snobs

Traducción de J. L. R. López
Prólogo de José Donoso

◀ BackList

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Título original: *The Book of Snobs*

El editor hace constar que ha sido imposible localizar a todos y cada uno de los autores, cedentes y herederos de esta obra, por lo que manifiesta la reserva de derechos de los mismos.

© por la traducción, J. L. R. López

© por el prólogo, José Donoso y herederos de José Donoso, 1976

© Editorial Planeta, S. A., 2008

BackList, Barcelona, 2008

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: noviembre de 2008

Depósito Legal: B. 46.680-2008

ISBN 978-84-08-08339-9

Preimpresión: Foinsa Edifilm, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa-Quebecor, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

Prólogo IX

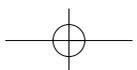
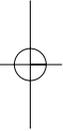
El libro de los snobs 1

Introducción 3

1. Donde el lector se divertirá y reirá a costa de los snobs 11
2. Su majestad snob 19
3. Influencias aristocráticas en el snob 25
4. Las cosas de palacio, embeleso de los snobs 31
5. Lo que admiran los snobs 37
6. Donde son presentados varios snobs de alto copete 43
7. Sobre lo mismo 49
8. Los snobs mercaderes 57
9. Los snobs militares 63
10. Siguen los snobs militares 68
11. Los snobs eclesiásticos 72
12. Donde se habla de ciertos snobs del clero y de su snobería 75
13. Más acerca de los snobs eclesiásticos 80
14. Otros snobs universitarios 84

15. Todavía más snobs universitarios 90
16. Del snobismo literario 94
17. De algunos snoblotes irlandeses 97
18. Los snobs que convidan a comer 101
19. Los snobs en la mesa 106
20. Donde se pueden contemplar de más cerca todavía
los snobs en la mesa 111
21. Los snobs viajeros 117
22. Consideraciones generales acerca
de los snobs viajeros 122
23. Más snobs ingleses esparcidos
por el continente 125
24. Los snobs rurales 129
25. Donde se completan las semblanzas
de los snobs rurales 135
26. Interioridades de los snobs rurales 143
27. En el que se muestra otra categoría
de snobs rurales 155
28. Goces y pesares de los snobs rurales 163
29. Una fiesta de los snobs rurales 168
30. Donde el autor se despide de los snobs rurales 172
31. Correspondencia 174
32. Los snobs y el matrimonio 179
33. Los snobs en familia 184
34. Continuación del anterior 189
35. De los que se hacen snobs en vez de maridos 196
36. Los snobs en el club 200
37. Revista de los snobs clubistas 204
38. Los snobs jugadores 208

- 39. Un snob enamorado 211
- 40. Hidrófobos y carniceros 215
- 41. Un drama familiar 218
- 42. Visita al club de los Sarcófagos 222
- 43. Crímenes y expiación 227
- 44. Final 231



Prólogo

*Debe de haber pocas personas que nunca hayan pecado de snobismo: desde la peluquera de pueblo que sufre éxtasis de admiración al contemplar los vestidos de la marquesa de Villaverde en las páginas de *Hola*, hasta el gauchiste veraneante en Cadaqués que se niega a dirigirle la palabra al otro gauchiste igualmente veraneante en Cadaqués que no tuvo el honor de que la policía golpeará a su puerta. Aunque sea difícil y a veces molesto reconocerlo en uno, —snobismo social, político, literario, culinario, religioso económico, militar, admirativo o peyorativo, pecado venial o mortal, defensivo o agresivo— seguramente existen escasos seres en cualquier capa social cuya conducta no haya sido definida alguna vez por esta peculiar forma de envidia que es el snobismo, ya sea consciente y reconocido, ya sea oculto y vergonzante. No se trata sólo de las formas «heroicas» del snobismo, como aquella señalada por una dama perteneciente a la casta de los brahmines al ser interrogada sobre la supervivencia del suttee entre las hindúes (el suttee es la tradición de que la viuda noble se arroje a la hoguera funeraria donde arde el cadáver de su marido), a lo cual contestó: «Quelques unes le font encore, mais seulement par snobisme.» Pero si la definición de Thackeray*

citada por el Diccionario Webster tiene vigencia: «Es snob aquel que mezquinamente admira cosas mezquinas», seguramente lo somos todos en alguna de sus múltiples y sutilísimas manifestaciones, o lo hemos sido por lo menos alguna vez en nuestra existencia.

Thackeray no inventó la palabra «snob». Y para qué decirlo, no descubrió ni ese concepto ni ese rasgo del comportamiento humano: ya Chaucer, en los Canterbury Tales, haciendo su retrato de la abadesa Sor Eglantina, ironiza sobre ciertos rasgos snobs de los que esta dama no está limpia, lo que demuestra que en Inglaterra, en 1400, el snobismo ya aparece como tema literario. Y toda la literatura inglesa, desde Chaucer pasando por Jane Austen hasta Henry James, está llena de ironía sobre los snobs... ironía, si el autor es de calidad: olvidémonos de la pléyade de escritores ingleses de quinta fila manejados por el snobismo, pero que no supieron manejarlo como tema literario. No es que en otras lenguas no exista literatura sobre el snobismo (el Diccionario Webster ofrece el término «snobography»; por lo que lo de «snobographer» este escriba podría catalogarse al componer este prólogo), siendo Proust tanto su principal víctima como su disector más genial fuera de Inglaterra: es que para ser gran «snobographer» es menester ser consciente de la propia experiencia, reconocer ese pecadillo en uno mismo para percibirlo en otros y así disectar con la compasión del verdadero humor y con la lucidez de la empatía. Basta que el «snobographer» ocasional que escribe estas líneas se ocupe de hacerlo para reconocerse no inocente.

El Diccionario Webster atribuye a la palabra «snob» un ancestro danés o bajo alemán, que ya en Middle English (el idioma de la época anterior a aquella en que las obras de Chaucer cuajaran el origen del inglés que conocemos hoy) se había incorporado al lenguaje de la isla como «snobben». Pero otras fuentes autorizadas le atribuyen un origen más próximo, más anecdótico: se dice que en las listas de estudiantes de las universidades de Oxford y Cambridge, que educaban a la grandeza de Inglaterra, se agregaba S. Nob. a los nombres de los alumnos de origen plebeyo, sigla que significaba «sine nobilitate». Es dudoso que aún se haga. Pero no sería imposible que la costumbre haya perdurado hasta muy cerca de la neo-barbarie en que hoy vivimos: no en vano Oxford y Cambridge han sido tanto notorias productoras de snobismo, como víctimas de la literatura sobre el tema.

Es difícil que el lector no especializado de hoy logre concebir la figura de importancia y autoridad que el escritor —ensayista, poeta, novelista— representaba ante el público de Inglaterra del siglo XIX. De la lastimosa pérdida de vigencia del poeta en el mundo contemporáneo es preferible no hablar. El ensayista, aun si se dedica al periodismo, llega a un público limitado, ya que la masa es televisante macluhaniana. En lo que se refiere al novelista, si tiene éxito popular, es despachado por los snobs refinados como un mero comerciante dedicado a producir bestsellers, o bien es condenado por los populistas con su consabida monserga sobre la torre de marfil si su obra delata pretensiones «literarias» (nótese las comillas). Pero en la

Inglaterra victoriana, cuando la letra impresa reinaba, poetas como Tennyson y Browning, ensayistas como Carlyle y Ruskin, y muy especialmente novelistas como Dickens, Thackeray, George Eliot, Trollope, Elizabeth Gaskell, Kingsley, Meredith, Hardy, eran semidioses. No sólo por su popularidad mitológica, como en los casos específicos de Dickens y Thackeray, cuyas giras de lectura por Inglaterra y USA eran verdaderas apoteosis de aplausos y llantos histéricos sólo comparables a las giras de los cantantes populares de hoy, sino por la influencia directa que sus obras ejercían sobre la opinión pública, la moral, la política, las costumbres y los cambios sociales de la época, problemas de los que rara vez se apartaban. En esos años de comunicación de masa limitados —por lo menos si se compara con la televisión, la radio, el cine y las revistas de hoy—, de un periodismo que comenzaba a dejar de ser rudimentario para transformarse, a fines de siglo, en un organismo poderosísimo, las grandes ideas permanecían enteramente dentro del dominio de la literatura: hasta los grandes polemistas políticos y religiosos tenían la conciencia de que, si deseaban ser efectivos, sus publicaciones debían ser reconocidas, además, como buena literatura. Es cierto que el público capacitado para comprar una novela de Dickens, digamos, era económicamente restringido. Pero existía la increíble institución de las bibliotecas circulantes que contaban con cientos de miles de socios, como el fenómeno de la Biblioteca Mudie, por ejemplo, con establecimientos en los pueblos más apartados del reino; y la serialización de las novelas en la plétora de semanarios o revistas men-

suales las hacía accesibles —y hacía también accesibles las críticas y ensayos de Macaulay, Carlyle, Ruskin y todos los demás a un gran público que se abonaba, por ejemplo, al Edinburgh Review, o al Cornhill Magazine, que bajo la dirección de Thackeray alcanzó un tiraje de 110.000 ejemplares, notable si se toma en cuenta que allí aparecieron serializadas las novelas de Thackeray mismo, de Trollope, de George Eliot, de Thomas Hardy y de Henry James, todos considerados hoy como novelistas «difíciles». No podemos olvidar, a propósito de esta autoridad de la literatura, que durante el siglo pasado Inglaterra consideró a las artes como un «sub-departamento de la moral y de la utilidad», lo que dio pie a la rebelión de los «decadentes» de fines de siglo encabezados por Wilde. Pero Dickens, Thackeray y George Eliot lograron cambiar muchas cosas en la conciencia de su tiempo, tanto que sus nombres eran frecuentemente citados en los debates del Parlamento; por otra parte, parlamentarios y primeros ministros no desdeñaban lo literario, como Disraeli, por ejemplo, con su notable trilogía de novelas políticas, Coningsby, Sybil y Tancred; y Gladstone mismo solía escribir crítica de literatura para el Quarterly. ¿Podríamos comparar estas incursiones de los políticos ingleses en el campo de la literatura, el más efectivo medio de difusión de la época, con las apariciones de los políticos de hoy en radio y televisión —por lo menos en efectividad, ya que no en calidad?—. Pero los que manejaban la conciencia de su tiempo eran los novelistas, sobre todo Dickens, Thackeray y George Eliot, que dominaron la novela inglesa de su siglo.

El nombre de Dickens permanece, junto al de Shakespeare, como el nombre más universalmente conocido de la literatura inglesa. La abundancia (desigual en calidad, por cierto) de su producción, el enorme friso de personajes y ambientes que pinta, los problemas que lo preocupan, la comicidad y lo patético, el inconsciente sentido metafórico de sus mejores novelas tan admirablemente desentrañado por el ensayo de Edmund Wilson, lo mantiene tan vivo hoy para todos los públicos como lo fue en su tiempo. El caso de Thackeray, en cambio, es distinto: su nombre, resucitado por la superproducción de Stanley Kubrick de Barry Lyndon, lo que no deja de ser un comentario sobre la importancia relativa de la literatura en el mundo contemporáneo, es recordado sólo por los escasos lectores de Vanity Fair.

En Lo que el viento se llevó, de Margaret Mitchell, ese monstruoso bestseller de los años treinta, recordado hoy por la mediocre película que lo mantiene relativamente vivo, una de las heroínas proclama que prefiere las novelas de Mr. Thackeray a las de Mr. Dickens porque el primero es más caballero. Esta apreciación de la remilgada Melanie Wilkes en Lo que el viento se llevó señala las limitaciones de Thackeray a la vez que lo caracteriza frente al público actual: lo que Melanie dice es, sobre todo, que la mayor parte de las novelas de Thackeray se refieren al mundo de la burguesía inglesa, a sus matices sociales, a sus inmerecidos privilegios, a sus absurdas pretensiones y que pese a la condenación que todo esto sufre en las novelas de Thacke-

ray, Melanie se identifica con ese mundo. Thackeray jamás baja al lumpen, ni a las clases obreras, ni a los barrios miserables, ni se ensucia con las reivindicaciones sociales que iluminan el variadísimo y vivísimo Londres de Dickens. Se mantiene, en cambio, dentro de los salones de la clase media alta y baja, y allí, por medio de la ironía más punzante, y retratando no sin cierta delectación los matices de lo que ironiza, se dedica a demoler sus pretensiones. Si Vanity Fair se sostiene aún tan gloriosamente como novela es, sobre todo, por el soberbio retrato de la pícara de sociedad, la inescrupulosa Becky Sharp, un personaje tan complejo que sigue siendo contemporáneo. Pero tanto en esta novela como en The Newcombes, en Pendennis, en Henry Esmond, lo que Thackeray ofrece como solución a los males de la ambición social, a la envidia, a la imbecilidad en el poder (¡qué tema más contemporáneo!), no es una comprensión inteligente de los problemas, no es adquirir una conciencia, sino una felicidad que se desinfla con el premio de un plácido matrimonio burgués: premio que para el público de hoy, debemos confesarlo, resulta sólo relativamente atractivo.

Tanto Thackeray como Dickens comenzaron sus carreras de escritores como periodistas. Dickens, con Sketches by Boz y, sobre todo, con su serie de los Pickwick Papers; y Thackeray, diez años después, con su Book of Snobs, que casi durante un año estuvo apareciendo como viñetas en el jocoso semanario Punch. Pero si bien las escenas de Dickens presentaron personajes tan cómicamente animados que hasta hoy pertenecen a la mitología literaria del mun-

do entero, los personajes de The Book of Snobs son más bien arquetipos, una sucesión de divertidísimas caricaturas que forman una especie de catálogo de toda clase de snobs, y es un deleite para el lector interesado en estas materias. Snobs mercaderes, militares, eclesiásticos, universitarios (naturalmente), literatos, viajeros, una jocosa galería de los clásicos snobs rurales de Inglaterra; los snobs en familia, en la mesa, en el matrimonio y en el club; como jugadores y como enamorados. No podemos equivocarnos: si bien el tono es cómico, la condena es siempre moral aunque sea más que nada por medio del ridículo.

Pero esta moralidad imperante en el espíritu de Thackeray —y de todos los novelistas victorianos— tiene dos vertientes: una, quizá la que menos fuerza conserve para el lector de hoy, es el deseo de cambiar o reformar exponiendo a la luz pública los detalles del snobismo, metáfora que Thackeray utiliza para revelar los males que aquejan a la burguesía. Otra vertiente, más compleja e interesante, aunque menos aparente o inmediatamente aprehensible, es la textura misma del sentido del humor inglés, corolario del clásico buen sentido inglés, que resulta en la feliz capacidad de reírse de sí mismo que tanto escasea en estas latitudes mediterráneas. Y Thackeray, en El libro de los snobs, se ríe de sí mismo: declara que después de haber conocido y apreciado las cualidades de su amigo Manowfat al escalar el Vesubio, lo vio comer guisantes con el cuchillo, lo que le obligó a romper toda relación social con él. Es esta obligación moral de sentir simpatía por la víctima, porque al fin y al cabo uno no es tan distinto, lo que hace elocuen-

te la ironía inglesa. No cabe duda de que gran parte de la obra de Thackeray tiene su punto de partida en El libro de los snobs. Tampoco cabe duda de que, si le dedicó tanto espacio y tanto tiempo al snobismo, había una parte suya que no titubeaba en identificarse con los snobs. Proust no hubiera escrito En busca del tiempo perdido si no hubiera sentido la gama entera de esta oscura pasión, y el mundo hubiera sido más pobre sin su testimonio. Si Thackeray no hubiera comprendido desde dentro el snobismo no tendríamos ni El libro de los snobs ni la gran novela que es Vanity Fair.

Sin embargo, cuando este escriba estuvo dictando un curso sobre Proust en una universidad del medio este norteamericano, se tropezó con la dificultad de que casi ninguno de sus alumnos creía tener experiencia del snobismo, ya que gran parte de ellos se creían a salvo por pertenecer a clases económicas modestas. El curso se transformó durante un tiempo en un curso monográfico sobre snobismo, para gran deleite de este «snobographer». Pero al cabo de poco tiempo los estudiantes llegaron a comprender que el snobismo es una manifestación de la personalidad en su comportamiento social, no privativa de la alta burguesía, sino que llamado con otros nombres y referente a otras cosas, existía también en sus vidas, tan distantes de los salones de los Guermantes y los Snobbley, y que no era imposible, una vez desentrañada la metáfora, identificarse con Mme. Verdurin. Muchos alegaban que el snobismo no es un tema norteamericano, pero basta leer las novelas de nues-

tros contemporáneos Cheever, O'Hara, Auchinchloss (¿para qué hablar de los clásicos Henry James y Edith Wharton?) para darse cuenta de que, aun en el sentido de Proust y de Thackeray, existe en abundancia. Me facilitó la tarea de hacérselos comprender la publicación en un periódico de una nota sobre un incidente en el Senado norteamericano. Un honorable senador tuvo un altercado por materias muy serias con el honorable senador por Boston Henry Cabot Lodge, de prosapia tan distinguida que todos sus antepasados llegaron a América a bordo del Mayflower. El primer senador, muy enfadado, le gritó a Cabot Lodge: «El senador se muestra tan autoritario porque cree que sus antepasados llegaron a América en el Arca de Noé durante el Diluvio Universal.» A lo que Henry Cabot Lodge, levantándose, replicó: «Que el honorable senador me permita corregirlo: en tiempos del Diluvio, mi familia ya tenía yate particular, de modo que no tuvieron que servirse del Arca.» ¿Quién se estaba riendo de quién en ese momento? La elegancia de la respuesta de Cabot Lodge —elegancia, porque al desarmar a su contrincante se reía también de las pretensiones de su propia familia— fue acogida con los aplausos del Senado. Pero la elegancia es considerada hoy como parte del snobismo, pese a que en los siglos XVIII y XIX la elegancia era una imponente cualidad moral. La cualidad más alta para Jane Austen era poseer «an elegance of mind», que sintetizaba todo lo positivo que esta cómica y genial moralista veía en el ser humano. Más tarde, es verdad, el concepto de elegancia perdió sus connotaciones de perfección moral, deteriorándose con el advenimiento de

la riqueza industrial al hacerse cuestión de dinero. Pero a comienzos del siglo XIX, Beau Brummell, príncipe de elegantes y rey de snobs, el Petronio de su época, dictaminó que un caballero elegante, al salir a la calle, puede llevar en la mano sólo una de dos cosas: o un libro, o un melón maduro. Y frente al snobismo invertido y populista de hoy, a uno, que tiene la ocasión de este prólogo para confesar en público ciertos pecadillos, le entran ganas de encontrarle toda la razón.

JOSÉ DONOSO